

20 DESARROLLO SOSTENIBLE, COSTES Y PRECIOS

La existencia del dinero como medio de facilitar el acoplamiento entre necesidades y recursos está asociada a dos conceptos: el de precio o valor y el de coste de los diferentes productos y servicios que se producen y se intercambian. La comprensión de estos dos conceptos es importante a la hora de afrontar un desarrollo sostenible.

El coste valora el esfuerzo en materiales, energía, conocimientos, trabajo, transportes, etc. que son precisos para obtener tal producto o servicio, mientras que el precio es el valor que otras personas, o “el mercado”, están dispuestos a pagar por tal producto o servicio.

En términos económicos el coste significa el dinero que ha habido que pagar para la obtención de un producto o servicio, mientras que el precio es el dinero que el consumidor paga por tal producto o servicio.

Pero el precio esconde algo más que lo que supone el coste ya que el precio depende del valor que el comprador asigne al producto y en este valor existen muchas variables que no tienen que ver con el coste de producción de forma directa, variables que podrían considerarse subjetivas, como pueden ser la imagen de marca, la calidad percibida, el respeto por el medioambiente, etc. Esta es la razón por la que un mismo producto o servicio puede adquirir precios muy diversos.

El valor de un producto es el cociente entre los servicios que recibe y percibe el comprador y el coste de su generación lo que significa que el valor de un producto puede aumentarse disminuyendo los costes de producción de los mismos o aumentando los servicios que percibe el comprador por su uso.

Existen diferentes tipos de valor, distinguiendo entre dos categorías: valores de uso y valores de no uso.

Entre los primeros se encuentran los productos de consumo que son destruidos en el momento del uso, como puede ser la comida. También han de considerarse los valores de uso que no implican consumo como puede ser el disfrute de una vista panorámica en una ciudad o el de un bosque.

Entre los valores de no uso cabe considerar dos alternativas: el valor de opción y el valor de existencia.

El primero sería el que estaría dispuesto a pagar una persona para tener opción a su disfrute en un momento posterior, como puede ser el mantenimiento de un bosque que podría visitar y disfrutar en el futuro, mientras que el segundo representa lo que estaría dispuesto a pagar una persona por su mera existencia aunque no piense disfrutarlo nunca, es decir, aunque no tenga valor de uso.

En el momento actual con las grandes crisis de todo tipo que se ciernen sobre el planeta y la necesidad de acometer un desarrollo que sea sostenible es importante

profundizar en el concepto de costes para, entre otras cosas, racionalizar la ejecución de acciones de generación de productos y servicios que supongan costes asumibles y que conduzcan a la sostenibilidad.

Los costes de cualquier producto o servicio podrían dividirse en dos grandes apartados: los costes internos, inherentes a la generación del propio producto o servicio, y los costes externos, relativos a los impactos que la generación de tales productos o servicios generan sobre el conjunto de los habitantes, del ecosistema y de las generaciones futuras.

En términos muy generales los costes internos se pueden a su vez agrupar en tres categorías:

- Costes de capital, tales como generación (I+D) o compra de “saber hacer” (Know How), diseño, materias primas, fabricación y equipamiento, financiación o costes financieros, seguros, gestión de la producción, marketing, etc., transportes de las materias primas, del producto final y de las personas involucradas en la producción, etc.
- Costes circulantes tales como costes de operación que por ejemplo en el caso de una central eléctrica serían los costes del combustible a quemar, personal de operación y dirección, seguros, alquileres, etc., y los costes de mantenimiento como son las reparaciones, inspecciones, recambios, etc.
- Otros costes, tales como gastos de la superestructura de la empresa (overhead) tales como los de administración, cargos directivos, teléfono, viajes, etc.

En cuanto a los costes externos estos también pueden agruparse en varias categorías:

- Costes sobre las personas: pérdidas de salud, enfermedades.
- Costes sobre el medioambiente: daños sobre la flora, la fauna, cambio climático, residuos peligrosos, etc.
- Costes de agotamiento en el caso de ciertos recursos finitos como es el caso de los combustibles fósiles y que son traspasos a generaciones posteriores.
- Costes de seguridad: mantenimiento de ejércitos ante la probabilidad de guerras por disputas por recursos escasos o restricciones en los suministros, protección ante accidentes de las propias instalaciones como es el caso de centrales nucleares, protecciones ante inundaciones, terremotos, etc.
- Costes psicosociales y psicosomáticos: enfermedades depresivas angustia, desplazamiento de poblaciones, pérdidas de empleo, etc.
- Subsidios no computados directamente al producto o servicio: financiamiento público de la I+D, subsidios a la inversión o ayudas a la primera instalación, subsidios a la producción tales como energía subvencionada, etc.

Otro aspecto de los costes que es importante considerar se refiere a que los recursos son siempre limitados por lo que normalmente habrá de elegirse entre diferentes opciones de asunción de costes o lo que es lo mismo, entre diferentes acciones o medidas a acometer, lo cual implica profundizar en el concepto de “oportunidad de las acciones” o lo que es igual, de los “costes de oportunidad”.

El concepto de coste de oportunidad, o coste alternativo, fue introducido por el economista Friedrich Wieser (1914) y opera en un marco de recursos limitados y diferentes opciones para realizar una inversión. El coste de oportunidad valora lo que un agente renuncia cuando toma una decisión de inversión y no otra, en un conjunto de inversiones posibles diferenciadas, incluyendo incluso la posibilidad de “no realización” de la acción.

En términos económicos equivale a la rentabilidad esperada de los fondos invertidos en otra opción que no es la seleccionada.

De acuerdo a este comportamiento los inversores dirigirán sus inversiones a aquellas acciones que le produzcan la mayor rentabilidad posible o esperada, es decir, por las que se pague un mayor precio.

Pero el dilema se presenta cuando se precisan realizar inversiones en productos o servicios que no son sustitutivos, o que no tienen precio, que nadie paga por ellos como puede ser el aire limpio o un bosque, casos que se presentan más a los gobiernos que a las empresas e inversores particulares.

Ejemplo del primer caso de productos no sustitutivos es el socorrido dilema de “cañones o mantequilla”, cuando se manejan recursos limitados. Se trata de decidir entre invertir en seguridad de la frontera frente a invasiones (cañones) o en suministrar alimentos a la población (mantequilla). En principio el tal gobierno debería optar por la opción que maximizara la cobertura de ambas necesidades de su población.

Un ejemplo del segundo caso lo presenta la disyuntiva de producir productos industriales con energías sucias admitiendo un incremento de la contaminación ambiental, frente a realizar la misma producción con energías limpias pero más costosas. El resultado del segundo caso es un incremento de los costes de producción de tales productos y por tanto una pérdida de competitividad frente a la competencia que no elija tal opción. La solución de esta situación es que todo el mundo use el mismo tipo de energías limpias o que pague un precio por la contaminación producida.

Otra versión del coste de oportunidad es el uso alternativo de ciertos recursos naturales como puede ser el agua de un embalse para regadío dirigida a un destino turístico, por ejemplo. El agua destinada a la producción agrícola tiene un valor esperado concreto pero la misma agua destinada a lago artificial como recurso turístico quizás pueda tener un valor más elevado tanto directo en la medida que los turistas pagaran más dinero por acudir a ese entorno como indirecto si el ecosistema obtiene una clara mejoría.

Una aplicación importante del coste de oportunidad es la valoración de ciertos recursos naturales que no tienen precio, que nadie pagaría por ellos, como es el caso de un bosque. En efecto si tal bosque se destinara a cultivos agrícolas los beneficios obtenidos de esta actividad son un reflejo más o menos certero del valor del bosque.

Como es obvio los costes de oportunidad no tienen sentido si los recursos son ilimitados. Tampoco tiene sentido cuando no hay opciones: si la necesidad es comer pan, la opción no puede ser comer mantequilla.

Además los costes de oportunidad pueden ser valores objetivos, como es el caso de las inversiones de las empresas, pero también subjetivos, dependientes del valor que se le dé a un producto o servicio.

Las decisiones basadas exclusivamente en los costes de oportunidad pueden conducir a opciones ridículas como sería el caso de invertir en un billete de lotería y no en un helado puesto que la primera opción depararía mayores beneficios esperados. Por esa vía nadie comería helados aunque eso fuera lo que deseara.

En este contexto cabe señalar la propuesta de Bastrad para determinar si una acción o medida es correcta o incorrecta. Según él han de evaluarse sus consecuencias a largo plazo para toda la población afectada y no solo las consecuencias a corto plazo para una parte de la misma o para un individuo aislado.

Otro aspecto importante que debe ser considerado al hablar de costes y valor se refiere a lo que va a ocurrir, ya está ocurriendo, con la automatización de la producción, la informatización de la misma y de muchos servicios y la fabricación aditiva mediante impresoras 3D, la denominada por muchos, tercera revolución industrial. En este caso el coste de los productos materiales y de ciertos servicios va a bajar, potencialmente hasta casi cero, mientras que el valor de los mismos va a subir:(productos exclusivos, fabricados con materiales reciclados y de mínimo impacto ambiental, etc.

En el marco de un desarrollo sostenible es obvio que el coste de cualquier producto o servicio debe incorporar todos los factores que lo componen aun reconociendo las dificultades para su valoración y en especial los costes medioambientales y los costes de agotamiento.

También han de evaluarse los costes de oportunidad con todo lo que ello supone de ventajas, siempre que estos se miren desde una óptica de contribución al desarrollo sostenible. Y en la medida que un desarrollo sostenible exige la satisfacción de un conjunto de necesidades humanas estas, de alguna manera, acotan el campo de las opciones posibles.

Dicho de otra manera, en un marco de desarrollo sostenible los costes de oportunidad deben establecerse dentro de una banda de opciones aceptables. Las opciones insostenibles no pueden considerarse como oportunidades.